

Sermón del 5 de julio de 2026 - Domingo 9 1

Sermón del 12 de julio de 2026 - Domingo 10 11

Sermón del 19 de julio de 2026 - Domingo 11 21

Sermón del 26 de julio de 2026 - Domingo 12 30

Sermón del 5 de julio de 2026 Domingo 9

Incluso cuando nos cuesta cumplir nuestros propósitos, el apóstol Pablo nos recuerda que nuestros propios esfuerzos a menudo resultan insuficientes. En cambio, nuestra esperanza y las respuestas se encuentran en Jesucristo, quien nos trae un verdadero cambio y nos libera del pecado, ofreciéndonos paz y el poder para vivir vidas transformadas. Él es la solución definitiva que necesitamos, este año y todos los años venideros.

Salmo 45:10–17 • Génesis 24:34–38, 42–49, 58–67 • Romanos 7:15–25a • Mateo 11:16–19, 25–30

Las lecturas de hoy unen una poderosa visión de amor y libertad: **Dios nos rescata a través de Jesús**. El Salmo 45 celebra un amor real que nos llama a dejar atrás lo conocido y a confiar plenamente en el Amado. En Génesis, Rebeca hace precisamente eso, dando un paso adelante con fe hacia un futuro marcado por la promesa de Dios. Sin embargo, Romanos nos recuerda que, incluso cuando deseamos lo bueno, seguimos

siendo incapaces de liberarnos (Romanos 7). Ante esta tensión, Jesús nos invita a acudir a él en busca de descanso, porque su yugo es suave y su carga ligera (Mateo 11). El amor de Dios no exige un desempeño perfecto; ofrece rescate y una vida compartida basada en la confianza.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No debe incluirse en el sermón.

Dios nos rescata a través de Jesús.

Romanos 7:15–25a NVI

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje.]

15 No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. 16 Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo en que la Ley es buena; 17 pero en ese caso, ya no soy yo quien lo lleva a cabo, sino el pecado que habita en mí. 18 Yo sé que en mí, es decir, en mi carne, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. 19 De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. 20 Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí.

21 Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal. 22 Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la Ley de Dios; 23 pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra lo que considero bueno, y me tiene cautivo. 24 ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo sujeto a la muerte? 25 ¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!

En conclusión, con la mente yo mismo me someto a la Ley de Dios, pero mi carne está sujeta a la ley del pecado. Romanos 7:15–25a NVI

¿Alguna vez has sentido que quieres hacer lo correcto, pero otra parte de ti te arrastra en la dirección opuesta? ¿Te has preguntado alguna vez: «¿Por qué hice eso?»? [Quizás puedas personalizarlo y dar un ejemplo de tu vida o de tu comunidad.]

Si comprendes este sentimiento, entonces ya entiendes el pasaje bíblico de hoy. Es una carta del apóstol Pablo, y es franco en su honestidad. Básicamente, dice: «No hago lo que quiero, sino lo que odio». Este pasaje describe algo que todos conocemos, aunque no tengamos palabras para expresarlo. Sabemos lo que se siente al tener una vida dividida entre dos frentes.

Pero aquí está la buena noticia: no estamos atrapados en esta situación. **Dios nos rescata a través de Jesús .**



Volvamos a los versículos 15-16.

“No entiendo mis propias acciones. Porque no hago lo que quiero, sino lo que detesto. Ahora bien, si hago lo que no quiero, reconozco que la ley es buena.”

Aquí vemos a Pablo, uno de los líderes principales de la iglesia primitiva, diciendo: «Ni yo mismo me entiendo. Quiero hacer lo correcto, pero sigo haciendo cosas que sé que están mal». Si eres nuevo en el cristianismo, esto podría sorprenderte. Quizás pienses que la fe es para personas que lo tienen todo resuelto.

La Biblia es un libro para y sobre personas que necesitan a Dios. Es una colección de historias que narran una historia principal. Es la historia de cómo Dios rescata a quienes no pueden resolver sus propios problemas.

Algo no funciona bien en nuestro interior. Existe una brecha entre lo que *queremos* hacer y lo que *realmente* hacemos.

Versículo 17:

Pero en realidad ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí.

Es **el pecado** el que vive dentro de mí. Y por eso los siguientes versículos tienen tanto sentido.

Versículos 18–20:

¹⁸ 18 Yo sé que en mí, es decir, en mi carne, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. 19 De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. 20 Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí.

Espera. ¿No hay nada bueno en mi carne?

Cuando oímos “carne”, podríamos pensar que Pablo se refiere simplemente a nuestros cuerpos físicos, de carne y hueso. O podríamos pensar que todo lo físico es malo, comparado con las llamadas cosas “espirituales”. ¹

Pero tu cuerpo no es malo y ser humano no es el problema. De hecho, el cristianismo enseña lo contrario: Dios creó el cuerpo y lo consideró bueno. Jesús asumió un cuerpo humano real (esto es la Encarnación). Y Jesús resucitó corporalmente de entre los muertos.

Así pues, aquí «carne» no se refiere a nuestra piel y huesos. Podemos considerar Romanos 7 a la luz de las demás cartas de Pablo y del mensaje general de la Biblia. Y al hacerlo, podemos comprender que el significado de «carne» en este pasaje es una condición, no solo un cuerpo.

Es la vida humana ensimismada, apartada de la vida y el poder de Dios. La parte de nosotros que intenta vivir sin confiar en Dios. La «carne» también incluye patrones internos como el egocentrismo, el miedo, el orgullo y los deseos dañinos. Es la atracción que nos aleja de Dios y nos dirige hacia nosotros mismos. Por eso Pablo la describe casi como una

fuerza que habita en él, una fuerza que lo arrastra en la dirección equivocada.

Ahora la lucha de Pablo —y la nuestra— cobra más sentido.

Queremos hacer el bien, pero nuestra naturaleza humana no nos permite llevarlo a cabo. Por lo tanto, el problema no radica en la falta de conocimiento ni en la falta de buenas intenciones. Nos falta la capacidad.

Porque el deseo de hacer el bien está cerca, pero no la capacidad (versículo 18b).

Deseamos hacer el bien. Pero la carne no puede producirlo. Por nosotros mismos, sin Dios, no hay poder en nosotros para sanarnos.

Y vemos que la lucha se describe con más detalle en los versículos 21-23:

21 Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal. 22 Porque en lo íntimo de mí ser me deleito en la Ley de Dios; 23 pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra lo que considero bueno, y me tiene cautivo.

Ahora el versículo 24:

24 ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me libraré de este cuerpo sujeto a la muerte?

Veamos lo que Pablo **no** dice. “Me siento estancado, ¿qué más puedo intentar para solucionar esto?”

Pablo no continúa recomendando siete hábitos diarios para alcanzar el éxito espiritual. Treinta días para una mayor fuerza de voluntad y autodisciplina. Tres claves para vivir tu mejor vida.

Él admite que no puede arreglar esto. Se siente miserable, débil, indefenso y agotado. Ha llegado al límite de su autosuficiencia. La solución no es “esforzarse más”.

La solución es que necesitamos ser rescatados. ¡Necesitamos un salvador! Necesitamos ser liberados del poder del pecado que mora en nosotros. Necesitamos liberarnos de este cuerpo de muerte. ¡Y lo estamos haciendo!

Versículo 25:

¡Gracias a Dios, que me libra por medio de Jesucristo nuestro Señor!
Dios nos rescata a través de Jesús .

La respuesta a esta lucha no se encuentra en nosotros mismos, sino en lo que Dios hizo a través de Jesús. Dios nos ofrece la salvación que nosotros mismos no podemos brindarnos.

Dios Padre envía a su Hijo para que se haga cargo de la humanidad, con toda su fragilidad: la Encarnación. El Hijo, Jesucristo, vive una vida plenamente humana, enfrentando la tentación, el dolor y la presión, pero sin pecado. ¡Por nosotros!

Esto es lo que entendemos por *servicio vicario*. Significa que Jesús hace por nosotros, y en nuestro lugar, lo que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos. Jesús vive la vida que nosotros no podríamos vivir. Jesús carga con el peso que nosotros no podríamos cargar. Jesús se hace cargo de la fragilidad que nosotros no podríamos sanar.

En la cruz, Jesús asume todo el peso del pecado: no solo nuestras acciones, sino también el poder que nos ata. Jesús muere por nosotros, en nuestro lugar. Y al resucitar, rompe ese poder.

Por lo tanto, nuestra historia ya no es "Esfuézate más por ser bueno". Nuestra historia es "Se nos ha dado una nueva vida".

De hecho, es la historia del mundo entero. Verás, la vida cristiana no es un plan de autoayuda. No se trata de desarrollo personal ni de superación personal. El evangelio no ofrece consejos prácticos. Seguir a Jesús no es un programa para convertirte en una mejor versión de ti mismo ni para liberar tu potencial.

Es muerte y resurrección. Unidos a él, moristeis con él. En Cristo Jesús, vuestro viejo yo, ha muerto.

Muerto.

Y Jesús te da, no una vida "mejor", sino una vida nueva.

Así pues, la vida cristiana no es un plan de superación personal, **sino una sustitución**. Jesús toma tu vida y tú recibes la suya. Jesús comparte su vida con nosotros por medio del Espíritu. Tomó nuestra humanidad

quebrantada y enferma de pecado y nos dio una humanidad nueva y sanada. Tomó nuestro pecado y nos dio su justicia, lo que significa que nos dio su relación correcta con su Padre.

Y es unión. Estamos unidos a Cristo, así que cuando él murió, nosotros morimos. Cuando resucitó de entre los muertos a una nueva vida, nosotros también. Cuando ascendió al Padre, nosotros ascendimos. Y ahora participamos de su vida y de su amor perfecto y armonioso con el Espíritu y el Padre.

Hablemos del pecado

Ahora hablemos más sobre el pecado. Podemos sacar diferentes conclusiones de este pasaje dependiendo de nuestra perspectiva sobre el pecado.

Este pasaje ilustra cómo experimentamos el pecado personalmente. Pero el pecado va más allá de lo personal; es algo mucho más profundo. Si bien Pablo usa las palabras «yo» y «mí», describe una condición que nos afecta a todos.

A veces nos vemos tentados a reducir el pecado a un modelo individualista: El pecado es **mi** fracaso moral personal. **Me** arrepiento y **soy** perdonado. **Soy** salvo.

Es importante, sin embargo, considerar el pecado como algo mucho más grande que las malas decisiones individuales. Esto no niega el pecado personal. Sí, nuestras acciones causan daño y tienen consecuencias.

Pero el pecado es un poder que esclaviza a toda la humanidad, no solo una serie de decisiones. Los pecados individuales son síntomas, no la raíz del problema.

Los seres humanos fuimos creados para vivir en comunión con el Padre, a través del Hijo, en el Espíritu. El pecado es, fundamentalmente, una ruptura de esa comunión.

El pecado es la distorsión de nuestra participación en la vida del Dios trino, una tergiversación de nuestra verdadera relación con Dios y con los demás. El pecado incluso distorsiona nuestra autocomprensión. Y es omnipresente, es decir, está presente y se siente en todas partes. Se manifiesta tanto a nivel personal como sistémico en relaciones,

estructuras y formas de ser rotas y perturbadas. Por «estructuras» nos referimos a la forma en que se organiza la sociedad: en instituciones, normas culturales, acuerdos económicos y hábitos sociales.

Por eso oirás a cristianos y a Pablo referirse a ello como «poderes». Estos «poderes» no pueden limitarse ni reducirse a decisiones individuales aisladas. Incluyen patrones encarnados de vida humana pecaminosa que han cobrado impulso, estructura e influencia. **(Efesios 6:12)**

El término «poder» abarca las formas en que el pecado trasciende a cualquier individuo. Se manifiesta en sistemas, culturas e instituciones. Estas estructuras influyen en cómo piensan y actúan las personas, manteniéndolas en esclavitud.

El pecado ha distorsionado y oscurecido nuestra percepción de la realidad. En todos los niveles, la vida compartida de la humanidad se ha desordenado a causa del pecado. Somos personalmente responsables y, además, nos vemos inmersos en sistemas corruptos que no elegimos ni controlamos.

Quizás te preguntes: ¿cómo puede ser esto una buena noticia? ¿Cómo puede ser una buena noticia saber que el pecado está presente y se siente en todas partes, en cada relación y estructura de la sociedad?

Porque todos lo sentimos y lo experimentamos, ¿no? Bueno, ayuda ponerle nombre.

Nuestros problemas individuales y los del mundo parecen más grandes que nosotros... ¡porque lo son! Hay libertad en comprender esto. Hay libertad en saber que no nos corresponde a nosotros resolver el problema del pecado. Y debería consolarnos saber que no tenemos que ser autosuficientes; fuimos creados para confiar en Dios.

La solución de Dios es el rescate. **Dios nos rescata a través de Jesús .
Nuestra vida compartida en Cristo**

La salvación de Dios es fundamental para nuestra vida en comunidad dentro de la Iglesia. Transforma nuestra forma de vernos a nosotros mismos y a los demás. Nos está formando para ser más honestos, más pacientes y más compasivos.

Dejamos de pensar: "¿Por qué no puedes hacerlo mejor?" Y juntos empezamos a pensar: "Todos necesitamos que Dios obre en nosotros". Juntos, le decimos a Dios: «¡Necesitamos ayuda!». Y una forma en que Dios nos ayuda es dándonos su Cuerpo. Nos cuidamos unos a otros;

compartimos las cargas de los demás. Nos estamos transformando a la imagen de Cristo mediante nuestra interdependencia y solidaridad. La salvación de Dios también es importante al hacer discípulos. Nos encontraremos con vecinos que se sienten indefensos y desdichados, tal como los describió Pablo. Y los consolaremos diciéndoles: «Sí, al igual que nosotros, no pueden sanarse a sí mismos. Pero nosotros conocemos a Aquel que sí nos sana y nos restaura». Y en comunidad, demostramos lo que significa confiar en Dios.

La Iglesia de Jesús no es un grupo de personas que han superado todas las dificultades. Somos un pueblo sostenido, moldeado y renovado por Dios en medio de ellas.

Eso significa que podemos ser honestos acerca de nuestras dificultades. Podemos compartir las cargas de los demás. Podemos practicar la gracia, porque Dios ya nos la concede. Fingimos menos; confiamos más. Participamos en la obra constante de Cristo de restaurar las relaciones correctas en todos los ámbitos de la vida. Al llenar nuestros días de amor por la Iglesia de Jesús, amor por su misión y amor por nuestro prójimo, descubrimos algo que puede sorprendernos: **naturalmente, dedicamos menos tiempo a pensar en nosotros mismos**. Vivimos en la libertad de la presencia de Dios obrando en nosotros por medio del Espíritu. Escucha cómo *La Biblia en Lenguaje Sencillo*, una paráfrasis bíblica, describe esta libertad.

Quienes creen poder hacerlo solos terminan obsesionados con medir su propia fortaleza moral, pero nunca llegan a ponerla en práctica. Quienes confían en la acción de Dios en ellos descubren que el Espíritu de Dios está en ellos: ¡Dios vivo y presente! La obsesión con uno mismo en estos asuntos es un callejón sin salida; la atención a Dios nos lleva a un mundo abierto, a una vida plena y libre. Enfocarse en uno mismo es lo opuesto a enfocarse en Dios. Quien está completamente absorto en sí mismo ignora a Dios y termina pensando más en sí mismo que en Él. Romanos 8:5-8 (MSG)

Por amor al mundo, Dios Padre envía a su Hijo. Dios Hijo, Jesucristo, asume nuestra humanidad, muere en nuestro lugar y resucita para darnos

nueva vida. Dios Espíritu Santo viene a morar en nosotros, haciendo que la nueva vida se haga realidad en nuestro interior.

Esta es la obra de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Este es el mensaje central de este pasaje:

No estamos solos en nuestra lucha. Y no somos responsables de nuestra propia salvación. Dios ve nuestros corazones divididos. Dios escucha nuestro clamor: «¿Quién nos rescatará?». Dios responde con una Persona: Jesucristo.

Dios nos rescata a través de Jesús .

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. El sermón dice que la respuesta no es "esforzarse más", sino "necesitamos un salvador". ¿En qué ocasiones te has sentido tentado a tratar la fe como una forma de superación personal, y qué cambia cuando la ves como una salvación?
2. ¿Qué te parece escuchar que el pecado se describe como un poder que esclaviza, y no solo como errores individuales? ¿Cómo podría ayudarte esto a comprender el poder del pecado?
3. El sermón relaciona nuestra libertad en el Espíritu con la vida en comunidad en la Iglesia («llevad los unos las cargas de los otros»). ¿De qué manera concreta podría este grupo ponerlo en práctica esta semana?
4. ¿Hubo alguna parte de este sermón que te hiciera sentir asombrado de Dios y te impulsara a confiar más en Él? Si es así, ¿cómo?

Sermón del 12 de julio de 2026 - Domingo 10

Mateo: El reino oculto a plena vista

Jesús enseñó que el Reino de Dios no suele manifestarse mediante poder o grandeza humana, sino de formas sencillas pero transformadoras, como una semilla de mostaza que crece silenciosamente. A través de actos de amor y compasión, Cristo mostró la realidad de ese Reino, invitando a sus seguidores a vivir con fe, generosidad y servicio. El mensaje nos recuerda que quienes tienen corazones dispuestos a escuchar y confiar pueden reconocer la obra de Dios y participar en ella cada día.

Salmo 119:105–112 • Génesis 25:19–34 • Romanos 8:1–11 • Mateo 13:1–9, 18–23

Las lecturas de hoy nos invitan a reflexionar sobre cómo la palabra vivificante de Dios se manifiesta en fruto, pues **el Padre ha entregado a su Hijo al mundo entero**. El salmo proclama la palabra de Dios como una lámpara que nos guía por el camino de la fe (Salmo 119). En Génesis, esa palabra obra pacientemente a través de las generaciones, dando forma a una familia marcada por la lucha, el anhelo y la sorprendente elección de Dios (Génesis 25). En Jesucristo, esa palabra no es mera información, sino liberación: «no hay condenación», vida nueva y el poder del Espíritu sobre el pecado y la muerte (Romanos 8). La parábola de Jesús proclama la generosidad desmesurada de Dios, que esparce la palabra del reino con libertad y abundancia. Dios trae vida y fruto más allá de toda expectativa (Mateo 13).

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR (Leccionario Común Revisado) de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para ser incluida en el sermón.

El Padre ha sembrado a su Hijo para todo el mundo.

Mateo 13:1–9, 18–23 NRSVUE

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje.]

13 Ese mismo día salió Jesús de la casa y se sentó a la orilla del lago. 2 La multitud que se reunió para verlo era tan grande que él tuvo que subir a una barca donde se sentó mientras toda la gente estaba de pie en la orilla. 3 Y dijo en parábolas muchas cosas como estas: «Un sembrador salió a sembrar. 4 Mientras iba esparciendo las semillas, una parte cayó junto al camino, llegaron los pájaros y se las comieron. 5 Otra parte cayó en terreno pedregoso, sin mucha tierra. Esas semillas brotaron pronto porque la tierra no era profunda; 6 pero cuando salió el sol, las plantas se marchitaron y por no tener raíz se secaron. 7 Otra parte de las semillas cayó entre espinos que, al crecer, ahogaron las plantas. 8 Pero las otras semillas cayeron en buen terreno, en el que se dio una cosecha que rindió hasta cien, sesenta y treinta veces más de lo que se había sembrado. 9 El que tenga oídos, que oiga». Mateo 13:1–9, 18–23 NVI

Acabamos de escuchar la parábola del sembrador. Pero es probable que no estés familiarizado con las palabras "sembrar" o "sembrador". No son términos comunes hoy en día, a menos que hayas crecido en una iglesia cristiana o seas agricultor.

Sembrar simplemente significa plantar semillas esparciéndolas sobre o dentro de la tierra. Y el sembrador es la persona que realiza la siembra, la que esparce las semillas.

Cada vez menos personas se dedican a la agricultura en los países industrializados. Algunas personas cultivan a pequeña escala. Si vives en la ciudad, quizás cultives plantas en macetas en tu balcón. Aún menos personas cultivan sus plantas a partir de semillas. Compramos nuestras verduras y flores en macetas, cultivadas en viveros comerciales.

Muchos de nosotros nunca vemos la semilla, pero toda la vida de la planta está contenida en ella. Las semillas son pequeñas. Tan pequeñas que puedes perderlas de vista una vez que caen en la tierra. Incluso una semilla grande y blanca, como una judía, una vez cubierta de tierra, ya no se ve.

Y si desenterraras la planta madura, solo encontrarías raíces, ni rastro de la semilla. La semilla muere para dar vida a la planta.



Y Jesús dice que el reino de Dios es así.

Hoy escucharemos la buena noticia de que **el Padre ha sembrado a su Hijo para todo el mundo.**

Volvamos al principio del pasaje.

13 Ese mismo día salió Jesús de la casa y se sentó a la orilla del lago. 2 La multitud que se reunió para verlo era tan grande que él tuvo que subir a una barca donde se sentó mientras toda la gente estaba de pie en la orilla. 3 Y dijo en parábolas muchas cosas...

Jesús habló a la multitud. Sus mensajes solían estar dirigidos a grupos de personas que los escuchaban en comunidad. Esto nos recuerda que debemos preguntarnos: ¿qué significa este mensaje para nuestra comunidad de creyentes, y no solo para mi vida personal?

Y Jesús les contó muchas cosas a la multitud en parábolas. ¿Qué es una parábola? Una parábola es un tipo de enseñanza o relato que yuxtapone dos cosas para que una ilumine a la otra.

¿Qué se yuxtapone entonces en las parábolas de Jesús? Generalmente, se coloca una imagen cotidiana junto a una realidad del reino de Dios. Jesús toma algo que ya comprendes y lo sitúa al lado de algo que no entiendes

del todo, para que puedas empezar a ver el reino de Dios desde una perspectiva completamente nueva.

Las parábolas eran un método de enseñanza judío común en el siglo I y anteriores. Jesús no fue el único en utilizarlas. Sin embargo, Jesús tendía a transformar este recurso didáctico en algo que generaba misterio en lugar de ofrecer una explicación directa.

Así pues, si esperamos que las parábolas de Jesús sean sencillas, nos llevaremos una decepción. Sus parábolas son misteriosas porque el reino de Dios es misterioso. Sin embargo, eso no significa que sea incognoscible.

Entendemos el reino de Dios como su reinado misericordioso, ya presente en Cristo. Es la realidad de Dios renovando el mundo según su amor y sus propósitos. Dado que el reino a menudo está oculto y aún se está manifestando, pedimos al Espíritu que nos lo revele de maneras nuevas. Nuestro pasaje bíblico dice que el **reino es como** un sembrador que salió a sembrar. Pero esto no es una lección sencilla. Como ya hemos dicho, las parábolas de Jesús son más que simples ilustraciones.

En cambio, Jesús yuxtapone la idea de su reino con algo sorprendente y deja que la tensión surja por sí sola. Es cierto que Jesús solía tomarse un tiempo después de hablar con la multitud para dar mayor significado a sus seguidores más cercanos, pero la tensión persistía.

Y la verdad es que no nos gusta la tensión sin resolver, ¿verdad?

La tensión que genera la comparación perturba. La comparación cambia radicalmente las suposiciones, desafía el pensamiento y sorprende al oyente. Debido a esta tensión de "comparación paralela", las parábolas suelen contener elementos inesperados y que generan sorpresa.

Así pues, las parábolas pueden ser difíciles de interpretar. Pero, por favor, no evites leer y estudiar las parábolas de Jesús solo porque no sean del todo claras; incluso los eruditos discrepan sobre su significado. Las parábolas son ricas y fascinantes, y es bueno reflexionar sobre ellas. Confía en Dios en medio de la tensión. Permanece en esa tensión. Vuelve a ella una y otra vez, pidiéndole al Espíritu que te dé las cosas de Cristo.

No debemos confundirlas con cuentos sencillos y moralizantes, como los libros infantiles o *las fábulas de Esopo*. Aunque nunca hayas oído hablar de las *fábulas de Esopo*, es posible que conozcas uno de los cuentos de la colección, titulado «El pastorcito mentiroso». Probablemente algunos incluso sepan la moraleja: a los mentirosos no se les cree, ni siquiera cuando dicen la verdad. Pero las parábolas de Jesús no pueden reducirse a algo tan simple como: «Aquí hay una imagen y aquí está la lección». En cambio, seguimos planteando una pregunta más profunda: ¿Qué revela acerca de Dios y su reino el hecho de yuxtaponer estas cosas?

Esto se debe a que la comparación casi siempre revela algo sorprendente sobre la acción de Dios, sobre lo que Dios hace en el mundo. La parábola mantiene a Dios en el centro. Las parábolas de Jesús no son meras instrucciones para el comportamiento humano ni lecciones morales sencillas.

Así pues, cuando leemos la parábola del sembrador, si nos centramos principalmente en la tierra, probablemente hemos desviado la atención hacia nosotros mismos en lugar de hacia Dios. Cuando la conclusión es: «Esta es la lección: sé buena tierra», hemos reducido la parábola a un moralismo - a un principio- en lugar de permitir que revele el carácter y la obra de Dios.

Así pues, volvamos a la parábola y veamos qué podemos aprender acerca de nuestro generoso Dios **Padre, que ha sembrado a su Hijo para el mundo entero.**

18 »Escuchen ahora lo que significa la parábola del sembrador: 19 Cuando alguien oye la palabra acerca del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que se sembró en su corazón. Esta es la semilla sembrada junto al camino. 20 El que recibió la semilla que cayó en el suelo lleno de piedras es el que oye la palabra y de inmediato la recibe con alegría. 21 Pero como no tiene raíz, dura poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, enseguida se aparta de ella. 22 El que recibió la semilla que cayó entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y el engaño de las riquezas la ahogan. Por eso, la semilla no llega a dar fruto. 23 Pero el que recibió la

semilla que cayó en buen terreno es el que oye la palabra y la entiende. Este sí produce una cosecha hasta cien, sesenta y treinta veces más». Mateo 13:18-23 NVI

¿Nos está diciendo Jesús qué tipo de terreno debemos ser o evitar? Podríamos interpretarlo como una advertencia o una amenaza. «No te dejes llevar por la tentación de la riqueza». Al analizar las enseñanzas de Jesús en su conjunto, vemos que **describe** la realidad con mucha más frecuencia —«Así son las cosas»— que da instrucciones o **prescribe** —«Haz esto».

En lugar de prescribir comportamientos que debemos adoptar o evitar, Jesús parece describir lo que ya existe: El reino está aquí; Jesús está entre nosotros. La respuesta a las buenas nuevas de Jesús es variada. Él está señalando un patrón.

La parábola incluye los distintos tipos de tierra o suelo, pero no es el elemento principal. La cuestión no es tanto "¿qué clase de tierra eres?", sino más bien "¿qué clase de Dios es este?".

¿Qué está haciendo Dios aquí? Siempre comienza por aquí. ¿Qué revela esta parábola sobre el carácter de Dios? ¿Qué está haciendo Dios que resulta sorprendente?

Empecemos con la pregunta: ¿quién es el sembrador? A menudo se le identifica con Jesús. Sí, y es cierto. Pero hay más.

Jesús el Sembrador y Jesús la Semilla

En Juan 1 leemos:

**En el principio ya existía el Verbo,
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.**

2 Él estaba con Dios en el principio.

**3 Por medio de él todas las cosas fueron creadas;
sin él, nada de lo creado llegó a existir.**

**4 En él estaba la vida
y la vida era la luz de la humanidad.**

**5 Esta luz resplandece en la oscuridad
y la oscuridad no ha podido apagarla.** Juan 1:1-5 NVI

Aprendemos que el Verbo es el Cristo eterno, la segunda Persona de la Trinidad indivisa. Fue enviado por el Padre para salvarnos. En otras palabras, Jesús ha sido sembrado en nuestro mundo; está entre nosotros. El reino está aquí porque el Rey está aquí. Jesús es el Verbo de Dios y encarna el reino; él es la Palabra (con mayúscula) del reino.

Así pues, también podemos decir esto: el Padre es el Sembrador, y el Hijo es la Semilla.

El Padre ha sembrado a su Hijo para todo el mundo .

Como la Semilla, Jesús cae a la tierra y muere, y en esa muerte da fruto para el mundo entero. Jesús, hablando de su muerte, dijo:

«En verdad les digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.» Juan 12:24 NVI

Jesús ha entrado incluso en terrenos duros, rocosos y espinosos, y ha traído vida donde no podía crecer nada. Entra en nuestra tierra muerta y estéril (recordemos que estábamos muertos en nuestros pecados). Lleva las espinas (literalmente, una corona de espinas). Sufre y se marchita bajo el dolor y la muerte en la cruz. Se convierte en la Semilla que muere y resucita.

Cristo ya cargó con nuestra esterilidad. Tomó nuestra humanidad imperfecta y sin fruto y la sanó. Y ahora, por medio del Espíritu, da fruto en nosotros. Por eso podemos decir que el reino está plenamente —aunque misteriosamente— presente en la Palabra. Jesús hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer por nosotros mismos.

La generosidad desmesurada del Padre

En esta parábola, lo que nos sorprende es el Sembrador y la generosidad con la que esparce la semilla. La semilla se arroja por todas partes, sobre todo tipo de tierra. Desde la perspectiva de un agricultor sabio, parece un desperdicio y resulta ilógico. Es inusual, incluso imprudente. Pero ese «despilfarro» es precisamente el punto: revela la generosidad desmesurada del Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Incluso ante la resistencia y la hostilidad, Dios siembra con generosidad. El reino se siembra abundantemente y con perseverancia, incluso donde parece improbable que tenga éxito.

Pero ¿qué dice el versículo 23?

Pero en cuanto a lo sembrado en buena tierra, este es el que oye la palabra y la entiende, el que da fruto y produce, en un caso, cien veces más; en otro, sesenta, y en otro, treinta.

He aquí otro elemento sorprendente. Estas cifras no tienen sentido. Un rendimiento de 30, 60 o 100 veces es asombrosamente alto. Aunque algunas semillas cayeron en caminos difíciles, rocas y espinas, la cosecha es increíblemente abundante.

El reino lo abarca todo y es imparable. Las puertas del infierno no pueden vencerlo. A pesar de lo que parece un fracaso, la realidad del reino se transforma en irrealidad.

Por obra del Padre, Jesús sembró su presencia en todo el mundo. Y lo hizo sin que necesitáramos su cooperación, esfuerzo ni permiso alguno. Antes de que lo pidiéramos o le respondiéramos, Dios, la Santísima Trinidad, actuó primero.

¿Importa nuestra respuesta?

La obra de la Palabra del reino se desarrolla en el misterio, en secreto, en gran medida invisible. Como una semilla enterrada en la tierra, permanece oculta. Y como no siempre podemos observar ni comprender plenamente este misterio, lo recibimos por medio de la fe. Nuestra respuesta es confiar.

La Palabra ya está dando fruto; eso no cabe duda. Nuestra respuesta no activa la presencia del reino en el mundo. El llamado a responder es para **nuestro propio** beneficio.

La mayor diferencia que supone nuestra respuesta a la Palabra radica en el impacto que tiene en nosotros.

Nuestra respuesta no determina si la Palabra cumplirá su propósito. Pero nuestra respuesta sí influye en si experimentamos y disfrutamos lo que ya se ha logrado, lo que ya es verdad.

Cuando una planta no da fruto, no es un castigo. Una planta estéril se pierde su plenitud, su vida plena. Cuando damos fruto, por medio del

Espíritu, nos convertimos en las personas que Dios quiere que seamos. Dios nos transforma en quienes realmente somos, en quienes Él quiso que fuéramos.

Misión

A medida que Dios nos transforma en quienes fuimos creados para ser, nos convertimos en personas enviadas. Y su parábola nos ayuda a reflexionar sobre cómo vivir así.

Dado que **el Padre ha entregado a su Hijo al mundo entero** , no estamos «llevando a Jesús» a nuestros vecinos. Jesús ya está allí. Lo que llevamos son las buenas nuevas de lo que la Palabra del reino ya ha hecho por ellos. Les decimos: «Dios ya está obrando en tu vida».

Y no solo contamos, sino que también mostramos. A través del amor de la Iglesia de Jesús, hacemos visible la obra que Dios ya está realizando. Es una fe **que se manifiesta a través del ejemplo. Una forma de vida que invita a venir y ver** .

Esta es la misión: participar en la obra continua de Dios en el mundo, una misión que no depende de nuestro éxito. Por medio de Jesús, mediante el Espíritu, hemos sido incluidos en la vida del Padre, y por lo tanto, participamos de esta misma siembra generosa. Por eso, anunciamos estas buenas nuevas con generosidad **en todas partes**.

Como Iglesia de Cristo, nos liberamos de juzgar a nuestro prójimo por la clase de tierra que *creemos* que son. También nos liberamos de la escasez y la tacañería. En cambio, prodigamos el amor y la bondad que hemos recibido de Dios a los demás, **incluso hasta el punto del derroche** . Así como nuestros esfuerzos no nos salvan, tampoco aseguran la cosecha. Cristo asegura la cosecha. Dios no sólo responde a la buena tierra; Dios es quien la crea. Incluso nuestra fe es un don de Dios. Solo por la gracia de Dios no somos tierra infértil. Dios Padre es fiel y perseverante incluso en la tierra pobre.

Siempre hay más

No podemos abarcarlo todo en un solo sermón. ¿Por qué no reunirse con amigos y vecinos para estudiarlo más a fondo? ¿Quizás planear estudiar esta parábola con amigos o en su grupo de estudio bíblico? La Biblia es

inspirada por Dios, inspirada por el Espíritu Santo para todos. No es solo para pastores y maestros. La Biblia es para cada discípulo... ¡para ti! Y en el fondo de todo, la Biblia nos muestra esta historia:

El Padre envió al Hijo.

El Hijo murió por el mundo entero.

El Espíritu vive en nosotros, despertándonos a la realidad del reino.

El reino está aquí, el reino se está desplegando y la cosecha está asegurada.

El Padre ha sembrado a su Hijo para el mundo entero .

Nota para el pastor: un recurso útil es el libro de Robert Capon: *Kingdom, Grace, Judgment: Paradox, Outrage, and Vindication in the Parables of Jesus*. (Disponible sólo en inglés)

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿Qué aspecto de la parábola del sembrador te deja completamente asombrado de Dios?
2. ¿Dónde percibes la obra de Dios desarrollándose de forma silenciosa o invisible en tu comunidad en este momento, como una semilla bajo la tierra?
3. ¿De qué maneras nos vemos tentados a juzgar la "tierra" —en nosotros mismos o en los demás— y qué libertad podría surgir al abandonar ese juicio?
4. ¿Cómo podría nuestro grupo (o iglesia) reflejar la generosidad desmesurada de Dios de forma práctica esta semana?

Sermón del 19 de julio de 2026 Domingo 11

En nuestra misión de interactuar con el mundo, debemos recordar que no llevamos a Jesús a ningún lugar, sino que nos unimos a Él donde ya está. Así como Dios estuvo presente en el lugar común de Jacob, Jesús ya está obrando en nuestros vecindarios. Sabiendo esto, podemos amar con confianza a nuestro prójimo y dar testimonio de la grandeza de nuestro Señor, sabiendo que Él está con nosotros dondequiera que vayamos.

Salmo 139:1-12, 23-34 • Génesis 28:10-19a • Romanos 8:12-25 • Mateo 13:24-30, 36-43

El tema de esta semana es que **Jesús es fiel hasta el final**. El salmo proclama a un Dios que nos conoce plenamente y nos sostiene firmemente, incluso cuando le pedimos que nos escudriñe y nos guíe (Salmo 139). En Génesis, Jacob descubre que Dios está presente y es fiel incluso en la incertidumbre, el miedo y el exilio (Génesis 28). Romanos describe nuestra vida presente como una de gemidos y esperanza, atrapada entre la promesa y el cumplimiento, la debilidad y la gloria (Romanos 8). En Mateo, encontramos una parábola que explora la fidelidad de Jesús para cumplir el plan de Dios para su pueblo.

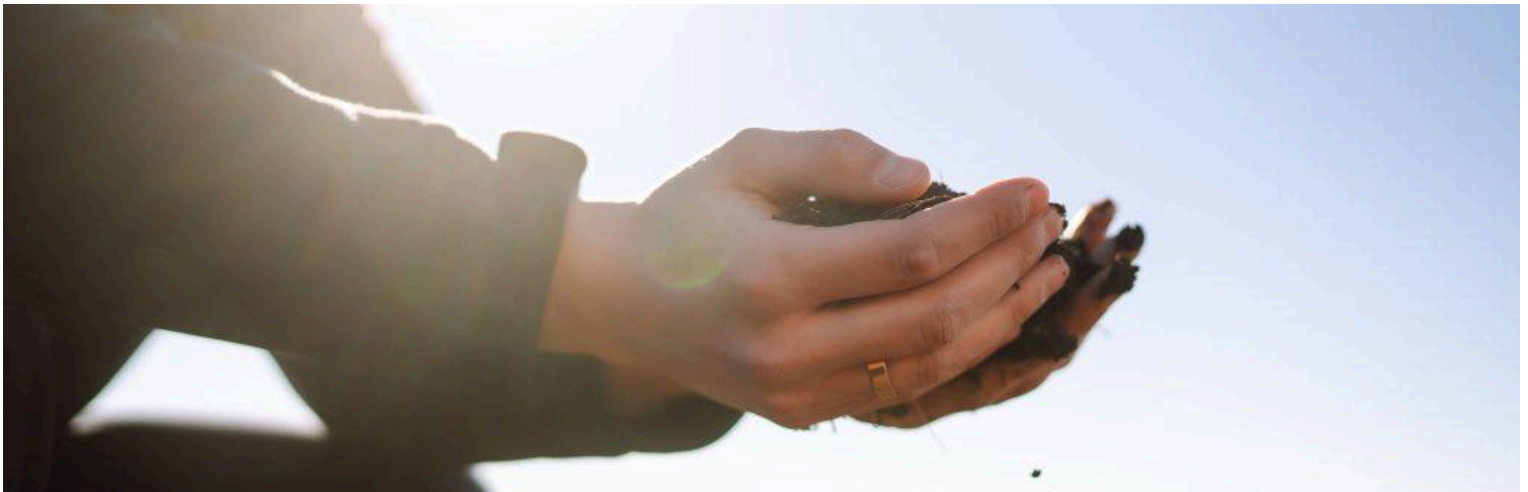
Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para ser incluida en el sermón.

Jesús es fiel hasta el final.

Mateo 13:24-30, 36-43 NVI

En la lectura bíblica de hoy, encontramos a Jesús compartiendo una serie de parábolas sobre cómo es el reino de Dios. El domingo pasado, vimos la parábola del Sembrador. Aprendimos que Jesús, como el ser humano que nos representa a todos, ha sido "sembrado" en el mundo. Dios Padre, el Sembrador generoso y extravagante, envió a Jesús para reconciliar al mundo consigo mismo. El próximo domingo, continuaremos con Mateo 13 y escucharemos a Jesús contar cinco parábolas seguidas.

Repasemos brevemente qué es una parábola. Una parábola es una forma literaria común en la época de Jesús. Presenta dos elementos en paralelo, de manera que uno ilumina al otro. (Se puede apreciar en las palabras: *paralela* y *parábola*). El uso que Jesús hacía de las parábolas era una enseñanza estimulante, dinámica y transformadora. Invita al oyente a nuevas perspectivas y reflexiones. Las parábolas no son una forma de enseñanza directiva o instructiva. Son más bien como un relato breve que nos invita a reconsiderar nuestra visión del mundo.



Al escuchar la lectura bíblica de hoy, oigamos con curiosidad y reflexión. Leamos Mateo 13:24–30, 36–40:

Parábola de la mala hierba

24 Jesús contó otra parábola: «El reino de los cielos es como un hombre que sembró buena semilla en su campo. 25 Pero mientras todos dormían, llegó su enemigo y sembró mala hierba entre el trigo y se fue. 26 Cuando brotó el trigo y se formó la espiga, apareció también la mala hierba. 27 Los siervos fueron al dueño y le dijeron: “Señor, ¿no sembró usted semilla buena en su campo? Entonces, ¿de dónde salió la mala hierba?”. 28 “Esto es obra de un enemigo”, respondió. Le preguntaron los siervos: “¿Quiere usted que vayamos a arrancarla?”. 29 “¡No! —contestó—, no sea que, al arrancar la mala hierba, arranquen con ella el trigo. 30 Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha. Entonces diré a los segadores: Recojan primero la mala hierba y átenla en manojos para quemarla; después recojan el trigo y guárdenlo en mi granero”»

336 Una vez que se despidió de la multitud, entró en la casa. Se acercaron sus discípulos y le pidieron:

—Explícanos la parábola de la mala hierba del campo.

37 —El que sembró la buena semilla es el Hijo del hombre —respondió Jesús—. 38 El campo es el mundo y la buena semilla representa a los hijos del reino. La mala hierba son los hijos del maligno, 39 y el enemigo que la siembra es el diablo. La cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.

40 »Así como se recoge la mala hierba y se quema en el fuego, ocurrirá también al fin del mundo. Mateo 13:24-30, 36-40 NVI

El público de Jesús estaba familiarizado con las estaciones de siembra, crecimiento y cosecha.

Era una sociedad estrechamente ligada a la agricultura, es decir, al cultivo de alimentos: preparar la tierra, sembrar, cuidar la cosecha y recolectarla. Contar una parábola utilizando imágenes agrícolas creaba una conexión entre la vida cotidiana y el conocimiento, y las enseñanzas de Jesús. Hoy en día, la mayoría de nosotros probablemente estamos menos familiarizados con las prácticas y conocimientos agrícolas, por lo que hay algunos datos útiles que debemos conocer.

La maleza a la que se hace referencia aquí es la cizaña. Es una maleza que se parece al trigo hasta que aparecen las espigas o hasta que está casi madura. Esta maleza es inútil e incluso puede dañar el cultivo de trigo, reduciendo la cantidad que crece. Los granos de cizaña son venenosos y producen somnolencia si se ingieren.

Si bien estas malas hierbas pueden propagarse por sí solas, lo más frecuente es que lo hagan al mezclarse con las semillas de trigo y sembrarse junto al cultivo. Por ello, su propagación suele ser consecuencia de la intervención humana, más que de su crecimiento natural. En la ley romana, la presencia de cizaña incluso se consideraba un signo de

sabotaje o venganza, ya que rara vez aparecía por sí sola y causaba daños reales a los cultivos.

Esta maleza es una falsificación sigilosa, una imitación engañosa que se propaga infiltrándose en las buenas semillas, reduce el rendimiento de los cultivos y es tóxica si se consume. ¡Sin duda, ningún agricultor quiere esta maleza en su campo de trigo!

En la parábola, se nos dice que se siembra buena semilla en el campo, semilla que no ha sido contaminada por la cizaña. Sin embargo, a medida que la cosecha comienza a crecer, siguen apareciendo malas hierbas. Podemos imaginar las preguntas que rondaban por la mente de los siervos: ¿De verdad el dueño de la tierra usó buena semilla? ¿Fue honesto con nosotros? ¿Nos va a culpar? ¿Hicimos algo mal?

Le plantean su pregunta al terrateniente. Él confirma que la presencia de la cizaña se debe a un enemigo. Fue un sabotaje. Alguien se opone al terrateniente y trabaja en contra de la producción de una buena y sana cosecha.

¿Alguna vez te has sentido en contra de los demás? ¿Alguna vez has mirado a tu alrededor y te has preguntado de dónde salió toda esa maleza? Tal vez hiciste algo que creías bueno y luego descubriste que algo falso o dañino venía acompañado de tus buenas intenciones. Tal vez miras a tu alrededor, a la creación de Dios que Él llamó buena, y te preguntas por qué los desastres naturales se cobran la vida de tantos. Tal vez te preguntas si Jesús realmente redimió a la humanidad porque aún ves tantas malas acciones en este mundo. A veces, cuando eres honesto, incluso te enfrentas a los malos deseos de tu propio corazón.

¿Alguna vez has mirado a tu alrededor y te has preguntado, junto con Dios: «Si sembraste buena semilla, ¿de dónde salió esta cizaña?»? Quizás esta pregunta incluso te haya generado dudas. ¿Es Dios realmente bueno? ¿Es sincero acerca de sus intenciones y su relación con la humanidad? ¿Estoy haciendo mal todo esto de la fe? ¿Está enojado conmigo? ¿Me ha abandonado? ¿Nos ha abandonado a todos?

Entonces, puede resultar reconfortante escuchar que las malas hierbas son obra de un enemigo. Tal vez el dueño de la tierra, tal vez Dios, sea digno de confianza después de todo...

En respuesta, los sirvientes preguntan al terrateniente si deben quitar las malas hierbas. Esto tiene sentido. Al fin y al cabo, las malas hierbas provienen del enemigo. ¡Podrían perjudicar los cultivos del terrateniente! La práctica habitual de la época era la que sugirieron los sirvientes: quitar las malas hierbas cuanto antes para minimizar los daños. Quitarlas antes de que las espigas produzcan semillas que se mezclen con la cosecha de trigo y contaminen la siguiente generación de granos.

Es aquí donde la parábola da un giro que probablemente sea inesperado para la audiencia de Jesús.

El terrateniente dice otra cosa. Dice que hay que dejar las malas hierbas. Que crezcan junto con el trigo hasta la cosecha. ¿Por qué? Para que el trigo no se mezcle accidentalmente con las malas hierbas.

En lugar de eso, las malas hierbas se eliminarían durante la cosecha. Quemar la vegetación no deseada era una práctica agrícola habitual en aquella época. Primero se eliminaban las malas hierbas, se quemaban y luego se cosechaba el trigo.

Un enemigo dañó la cosecha del terrateniente, pero este no entró en pánico. Las acciones del enemigo no lo desanimaron. Tenía un plan; se mantuvo fiel a él y lo llevó a cabo hasta el final.

Eliminar las malas hierbas de inmediato era la mejor opción, una práctica agrícola sensata. Pero en la parábola, el terrateniente elige de otra manera. Las parábolas suelen hacer esto: crean tensión, toman algo que creemos saber y le dan un giro inesperado.

Y es aquí donde se nos invita a reflexionar sobre cómo el reino de Dios es diferente de nuestro mundo. Se nos invita a adentrarnos en el misterio del reino de Dios. ¿Cómo funciona el reino de Dios de manera diferente a como lo esperaríamos? ¿Cómo hace Dios las cosas de manera diferente a como las hacemos nosotros?

Esta parábola ilustra el reino de Dios. Es como un hombre que sembró buena semilla y confía en que la cosecha será abundante y segura. No se alarma ni se asusta ante la aparición de la cizaña. Tiene absoluta certeza de que su buena cosecha de trigo está asegurada.

¿Qué podría revelarnos esta imagen del reino acerca de Jesús? Una de las cosas que podemos aprender de esta parábola es que **Jesús es fiel hasta el final**.

Entonces los discípulos le piden una explicación a Jesús. El Sembrador es el Hijo del Hombre, el campo es el mundo, la buena semilla son los hijos del reino, la cizaña son las malas acciones, el enemigo es el diablo y la cosecha es el fin de los tiempos.

Vemos el arco narrativo de Dios y la humanidad.

- Dios creó los cielos, la tierra y la humanidad, y lo llamó BUENO. Sembró buena semilla.
- La caída de la humanidad y la entrada del pecado se produjeron mediante el engaño. Algo que aparentaba sabiduría era una falsificación del bien que Dios ya había otorgado a la humanidad. La buena creación de Dios se distorsionó y comenzó una época en la que el mal coexistió con el bien. La cizaña se identificó entre el trigo.
- Jesús abre un camino de redención donde todo mal es vencido y la humanidad renace, restaurada a la bondad, a los propósitos originales de Dios, y entra en la plenitud del reino. La cizaña fue separada y el trigo fue cosechado y guardado en el granero.

Jesús es fiel hasta el final.

Existe una expresión que describe este momento presente en la historia de Dios con la humanidad: el «ahora, pero todavía no» o «ya, pero aún no». Es un tiempo extraño, confuso e intermedio en el que Jesús ha establecido su reino en la tierra, pero aún no está en su plenitud. No ha alcanzado su madurez en este mundo.

Todavía vivimos en una versión del mundo donde la maleza crece entre el trigo. Estamos en un tiempo en que el reino está aquí, pero aún no se manifiesta plenamente como será.

¿Y no es esto un fiel reflejo de nuestra experiencia? La maleza entre el trigo. La maleza en nuestras mentes, nuestros corazones, nuestras

relaciones, nuestras comunidades, nuestros sistemas y nuestro mundo. Hablamos hace dos domingos sobre nuestros corazones divididos. Esta parábola describe un día en que la cizaña será separada y el trigo llevado a la seguridad del granero. En el «ya, pero todavía no», este día **ya** ha llegado. Gracias a la salvación de Jesús, la cizaña —el poder del pecado y la muerte— **ya** ha sido destruida. El trigo —la humanidad— **ya está unido a Jesús y llevado al Padre. En Jesús, ya** estamos a salvo en el granero.

Pero **aún no** experimentamos la plenitud del reino de forma subjetiva; es decir, no siempre experimentamos ni percibimos la realidad del reino presente. Un día, toda maleza será destruida. Toda causa de pecado será derrotada hasta su completa desaparición, como la quema de la vegetación no deseada. Desde cada susurro y sombra de pecado oculto en lo profundo de nuestros corazones hasta las peores atrocidades de este mundo, todo será purificado y consumido por el fuego. Y experimentaremos nuestra humanidad glorificada y redimida en Jesús. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Mateo 13:43 (NVI)

Esta parábola nos invita a reflexionar sobre algo muy importante: **la presencia de la cizaña no significa que Dios desee el mal. Tampoco el mal puede vencer al bien.**

Nótese que fueron los discípulos quienes llamaron a esta parábola la parábola de la cizaña en el versículo 36. Imagínese a Jesús pensando: «¿Eso es lo que entendieron de mi parábola? ¿Por qué no llamarla la parábola del hombre que sembró buena semilla? ¿O la parábola de la cosecha de trigo segura y protegida?».

¿Nos vemos alguna vez tentados a hacer esto? ¿A centrarnos más en el mal que en la justicia asegurada por Cristo?

Escuchemos, alto y claro, la buena noticia de esta parábola, a saber, que apunta a una verdad fundamental:

En nuestras circunstancias actuales, donde existe el mal, el mal no tiene poder para detener o frustrar el plan de reconciliación y redención de Dios.

No hay cizaña en el mundo que pueda impedir que la semilla de Dios dé fruto. Este es el misterio del reino.

Jesús es fiel hasta el final.

Como hijos del reino, ¿qué hacemos con esta extraordinaria historia de gracia? Esparcimos esta buena noticia como si sembramos semillas por todas partes, con generosidad hasta el punto del derroche.

La vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús nos dan la certeza de que **ha sido, es y será fiel hasta el final** . En Jesús, Dios se ha comprometido con nosotros como uno de nosotros. Él vive la historia de la humanidad en nuestro nombre.

En su encarnación, Jesús se hizo uno de nosotros: humano, de carne y hueso, una persona del reino en esta tierra, sembrado como "buena semilla".

En el poder del Espíritu, vive una vida fiel a Dios Padre, creciendo hasta convertirse en un "trigo" sano y maduro.

En su muerte, redime a la humanidad del pecado. Separa y quema toda la maleza.

En su resurrección y ascensión, Jesús introduce a la humanidad en el reino de Dios. Se convierte en las primicias de la buena cosecha.

Él no puede olvidarnos, como tampoco puede olvidarse de sí mismo. Conforme a la voluntad de Dios Padre, por el poder del Espíritu, Jesús el Hijo se hizo uno de nosotros. Y nos introduce en su reino y en su comunión con Dios Padre y el Espíritu Santo.

Y encontramos consuelo porque Jesús sabe lo que es vivir en un mundo donde coexisten el trigo y la cizaña. Somos amados y redimidos por un Dios que no solo se compadece desde la distancia, sino que nos conoce desde dentro. Él comparte nuestros dolores y nuestras cargas.

Cuando nos sentimos abrumados por la maleza, podemos confiar en que la maleza no tiene la última palabra. La tiene Jesús. Cuando nos desanimamos por la maleza que crece en nuestra mente y corazón, podemos encontrar consuelo en la promesa de redención completa de Jesús. Cuando nos sentimos solos u olvidados entre la maleza,

encontramos esperanza porque Jesús se hizo trigo como nosotros para mostrarnos el camino a casa.

En este mundo hermoso y caótico, confuso, aterrador, alegre y oscuro, no estamos abandonados. **Jesús es fiel hasta el final.**

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿De qué maneras te invita esta parábola a reflexionar sobre el reino de Dios y quién es Jesús?
2. ¿Qué observas cuando reflexionas sobre las experiencias de coexistencia entre el trigo y la maleza?
3. ¿Qué diferencia supone que Jesús se hiciera uno de nosotros, viviera una vida humana, muriera una muerte humana, resucitara y ascendiera al cielo en un cuerpo humano?
4. Jesús es fiel hasta el final y confía en que su cosecha está asegurada. ¿Cómo podría esta confianza impactar tu vida diaria?

Sermón del 26 de julio de 2026 Domingo 12

Así como podemos demostrar perseverancia en nuestro amor inquebrantable por nuestra familia o amigos, la fidelidad y el amor de Dios hacia nosotros se caracterizan por un compromiso inquebrantable: nada puede separarnos de su amor. En Romanos, se nos asegura que nada en toda la creación puede impedir o romper la relación de amor de Dios con nosotros en Cristo Jesús, lo que nos da esperanza, valor y la certeza de su afecto inquebrantable.

Salmo 105:1–11, 45b • Génesis 29:15–28 • Romanos 8:26–39 • Mateo 13:31–33, 44–52

El tema de este domingo del Tiempo Ordinario es **que el reino es como el Rey Jesús**. El salmista nos recuerda que Dios cumple su pacto con su pueblo. Él es digno de toda alabanza, honor y gloria. Por eso buscamos su rostro y recordamos todo lo que ha hecho. En el Génesis, Jacob trabajó durante siete años para ganarse el derecho a casarse con Raquel. Luego fue engañado por Labán, quien le dio a Lea, la hermana de Raquel, en su lugar. Pero debido a su amor, Jacob se comprometió a trabajar otros siete años. Jacob fue fiel en su amor por Raquel. El apóstol Pablo dice que el amor fiel de Dios nos capacita para vencer cualquier dificultad que podamos enfrentar. Nada puede separarnos del amor de Dios. En la lectura del Evangelio de este domingo, Jesús cuenta algunas parábolas sobre el reino de Dios. En estas parábolas, aprendemos sobre la pasión de Dios por sus hijos. Él lo da todo, su mismo ser en Jesús, para incluirnos en su reino. Él trabaja fielmente para limpiarnos y renovarnos. Él nos llevará a la plenitud de su reino.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para ser incluido en el sermón.

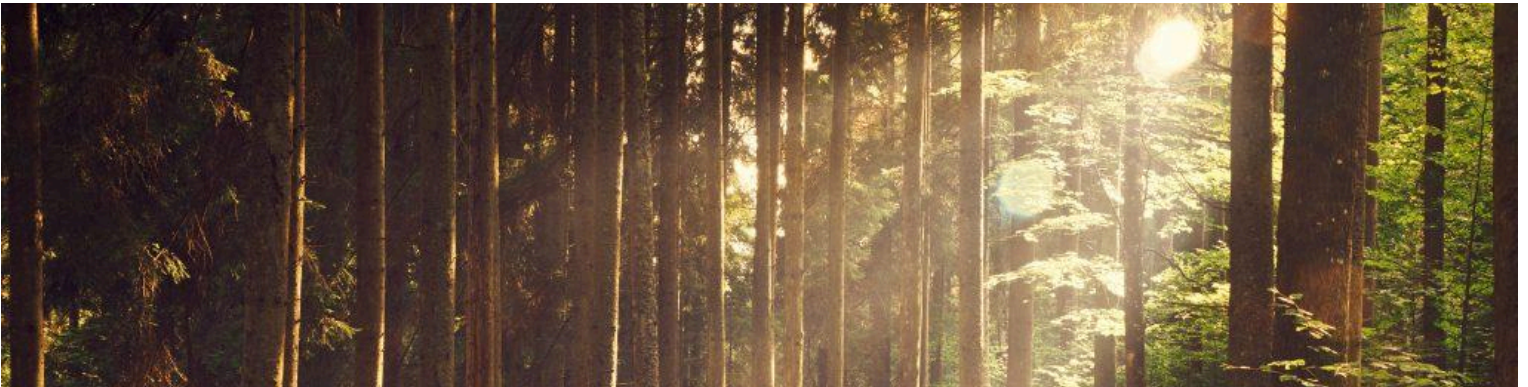
El Reino es como el Rey Jesús

Mateo 13:31–33, 44–52 NVI

Hoy hablaremos del reino de Dios. Tanto si es un concepto nuevo para ti como si no, este pasaje de Mateo te ayudará a comprender a Dios y su reino. E incluso si ya has aprendido mucho sobre el reino, quizás este pasaje te ayude a verlo desde una perspectiva diferente.

La gente de la época de Jesús creía que el reino implicaba un gobierno humano que derrocaría a todos los opresores. Necesitaban ver el reino desde una nueva perspectiva.

En la lectura del Evangelio de este domingo, Jesús narra varias parábolas sobre el reino de Dios. Su deseo es liberar a quienes lo escuchan de sus prejuicios y expectativas sobre el reino. Quiere que acepten la verdad sobre quién es él y cuál es su propósito en la tierra.



Jesús sabía que el reino de Dios abarcaba mucho más que un reino terrenal. Leamos el pasaje de hoy de Mateo 13:

Parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura

31 Les contó otra parábola: «El reino de los cielos es como una semilla de mostaza que un hombre sembró en su campo. 32

Aunque es la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es la más grande de las plantas del huerto. Se convierte en árbol, de modo que vienen las aves y anidan en sus ramas».

33 Les contó otra parábola más: «El reino de los cielos es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que hizo crecer toda la masa».

Parábolas del tesoro escondido y de la perla

44 »El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo. Cuando un hombre lo descubrió, lo volvió a esconder, y lleno de alegría fue y vendió todo lo que tenía y compró ese campo.

45 »También se parece el reino de los cielos a un comerciante que andaba buscando perlas finas. 46 Cuando encontró una de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró.

Parábola de la red

47 »También se parece el reino de los cielos a una red echada al lago, que atrapa peces de toda clase. 48 Cuando se llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan y recogen en canastas los peces buenos y desechan los malos. 49 Así será el fin del mundo. Vendrán los ángeles y apartarán de los justos a los malvados. 50 Luego los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y crujir de dientes».

51 —¿Han entendido todo esto? —preguntó Jesús.

—Sí —respondieron ellos.

52 Entonces concluyó Jesús:

—Todo maestro de la Ley que ha sido instruido acerca del reino de los cielos es como el dueño de una casa que, de lo que tiene guardado, saca tesoros nuevos y viejos. Mateo 13:31-33, 44-52

Como en nuestra historia de la semana pasada, Jesús habla a la multitud y a sus discípulos mediante parábolas. Les habla del reino de los cielos. El reino de los cielos es simplemente otra forma de referirse al reino de Dios. ¿Qué es exactamente el reino? Entendemos el reino de Dios como su reinado misericordioso, ya presente en Cristo. Es la realidad de Dios renovando el mundo según su amor y sus propósitos.

Si el reino es gobernado por Jesús, eso son buenas noticias. **El reino es como el Rey Jesús.**

Y antes de continuar, hablemos un poco sobre qué son las parábolas. Una parábola es un tipo de enseñanza o narración que yuxtapone dos cosas para que una ilumine a la otra. Por ejemplo, vemos a Jesús colocando el reino «al lado» de una semilla de mostaza y diciendo: «Es como esto...» Pero las parábolas son más que simples comparaciones. Jesús las usó para crear tensión y sorpresa. Sus parábolas a menudo contienen elementos inesperados que desafían las opiniones y subvierten las ideas preconcebidas.

Como comentamos la semana pasada, el reino implica misterio porque a menudo está oculto y aún se está desarrollando. Por lo tanto, las parábolas *sobre* el reino de Dios también implican misterio. Hoy escuchamos que el reino de Dios es como un grano de mostaza, levadura, un tesoro escondido, un mercader que busca una perla y una red de pesca.

El Espíritu de Dios nos ayudará a comprender lo que Jesús está diciendo. Podemos confiar en que el Espíritu puede enseñarnos algo nuevo. Quienes escuchaban a Jesús necesitaban aprender algo nuevo. Sus discípulos y la multitud tenían ideas preconcebidas sobre su reino. Por lo tanto, las parábolas de Jesús no solo aclaran el reino a sus oyentes, sino que también desafían sus suposiciones. Estas comparaciones nos invitan a reflexionar.

Veamos la primera parábola que Jesús cuenta:

Parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura

31 Les contó otra parábola: «El reino de los cielos es como una semilla de mostaza que un hombre sembró en su campo. 32 Aunque es la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es la más grande de las plantas del huerto. Se convierte en árbol, de modo que vienen las aves y anidan en sus ramas».». Mateo 13:31-32

Lo interesante de las semillas es que, al ser plantadas, dejan de ser semillas. En esencia, mueren y se convierten en algo nuevo. De lo que se siembra en la tierra surge nueva vida.

A menudo, en sus parábolas, Jesús usa la palabra «semilla» o «semillas» para representarse a sí mismo. Jesús es la Palabra de Dios. Sabía que para inaugurar el reino de su Padre con sangre, tendría que morir. Jesús sería sepultado tras su crucifixión y pronto resucitaría.

En la muerte de Jesús, toda la humanidad perecería. En su resurrección, todos resucitaríamos a una nueva vida. Por la fe, participamos incluso ahora de la nueva vida de Jesús. Ya somos parte activa del reino de Dios, y recibimos esto al confiar en Jesús y en su obra consumada.

Volviendo al ejemplo de la semilla de mostaza, Jesús utiliza una semilla diminuta para hablar del reino de Dios. Una semilla tan pequeña, al caer al suelo, sería imposible de detectar.

Jesús dice que la semilla de mostaza se convertiría en un gran árbol, más grande que todas las plantas del huerto junto a las que fue sembrada. Pero no empieza así.

Esto habría trastocado o interrumpido las expectativas de sus oyentes si esperaban que la llegada del reino implicara el establecimiento de una nación poderosa e innegable. Si esperaban presenciar la fundación del reino de forma instantánea y repentina, la imagen de una pequeña semilla oculta les habría resultado impactante.

El reino logró lo imposible. **El reino es como el Rey Jesús.**

Pasemos a nuestra siguiente parábola:

«El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta que toda la masa fermentó.»

Mateo 13:33 (NVI)

Esta parábola nos recuerda la universalidad del reino de Dios. Esto no es universalismo, sino la realidad de que el Hijo de Dios, hecho hombre, vino por todos.

Jesús vivió nuestra vida humana, murió nuestra muerte humana y resucitó. Jesús incluye a todos en su obra salvadora. No deja a nadie fuera. Incluso la creación está incluida.

El reino lo incluye todo. **El reino es como el Rey Jesús.**

La levadura es una sustancia única que, al añadirse a la masa, provoca la formación de burbujas de dióxido de carbono. Estas burbujas hacen que la masa suba.

Tras añadir la levadura a la masa, ésta se transforma; se funde con ella. Del mismo modo, el reino de Dios, en la muerte y resurrección de Cristo, se ocultó en este cosmos, transformándolo.

Hoy, el reino de Dios obra en la vida y el corazón de las personas por medio del Espíritu Santo. Nuestra verdadera vida está «escondida con Cristo en Dios». Dondequiera que miremos hoy, Dios está obrando en nuestro mundo. El Espíritu Santo está presente y activo, obrando sanación y transformación.

Participamos activamente en el reino de Dios ahora mismo por medio de la fe en Cristo. Aunque la plenitud del reino de Dios no sea evidente en este momento, su reino está obrando en los corazones humanos. Por «plenitud del reino» entendemos el día en que todo lo que Jesús logró en la cruz alcance su propósito final en toda la creación. Es el tiempo venidero en que la paz y el amor de Dios se verán y experimentarán plenamente en todas partes.

Respondemos a Jesús con fe. Lo expresamos a través de nuestro bautismo y nuestra participación continua en la comunión.

Y honramos a Jesús como Señor de todo, Rey del cosmos, con nuestra forma de vivir. Hacemos su voluntad. Al hacerlo, participamos activamente en el reino de Dios.

Las dos parábolas siguientes que leeremos mencionan un tesoro escondido. En una, el reino es como el tesoro escondido. En la otra, el reino es como una persona que busca el tesoro.

«El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra y vuelve a esconder. Lleno de alegría, va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo. Asimismo, el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca perlas finas, que al encontrar una perla de gran valor, va y vende todo lo que tiene y la compra.» Mateo 13:44-45

Quienes escuchaban esto probablemente esperaban que el reino fuera evidente para todos. Claro que lo sería si se hubiera impuesto mediante la fuerza. Por lo tanto, considerar que el reino pudiera permanecer oculto habría desafiado su forma de pensar. No todos perciben su valor. Algunos, en cambio, lo pasan por alto por completo. Otros lo descubren inesperadamente.

Nótese que ambas parábolas tratan sobre alguien que encuentra algo de gran valor. Cada persona vende todo lo que tiene para poder comprar esos objetos invaluableles que ha encontrado.

Estas parábolas nos dicen algo acerca de Jesús, el Rey del reino de Dios. El apóstol Pablo cita un himno antiguo que nos dice:

... Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Filipenses 2:5b-8

El Hijo de Dios lo tenía todo. Vivía con su Padre y el Espíritu en gran alegría. Habitaba en amor y paz. Creó todas las cosas y estaba en todas ellas.

Pero el Hijo de Dios dejó a un lado los privilegios divinos para unirse a ti y a mí en nuestra humanidad. Y estuvo dispuesto a darlo todo por cada uno de nosotros.

Jesús nos redimió a todos con su sangre en la cruz. Ningún precio era demasiado alto para Jesús, porque Dios nos ama y quiere estar con nosotros para siempre.

El reino es un tesoro que se nos ha dado a todos. **El reino es como el Rey Jesús.**

Nuestra última parábola trata sobre una red que se echa al mar.

Parábola de la red

47 »También se parece el reino de los cielos a una red echada al lago, que atrapa peces de toda clase. 48 Cuando se llena, los pescadores la sacan a la orilla, se sientan y recogen en canastas los peces buenos y desechan los malos. 49 Así será el fin del

mundo. Vendrán los ángeles y apartarán de los justos a los malvados. 50 Luego los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y crujir de dientes». Mateo 13:47-50

Cuando se recoge la red, contiene toda clase de peces. Esto es algo que resulta desconcertante si crees que el reino es solo para la nación de Israel. Cuando el Hijo de Dios vino a tomar forma humana, incluyó a todos. Nadie quedó excluido cuando Jesús estuvo en la cruz.

Jesús dice que los malos no serán juzgados ni eliminados hasta el fin de los tiempos. Esto sin duda decepcionó a la multitud. Sin duda, anhelaban que sus enemigos fueran juzgados y castigados, y pronto, en esta misma vida.

Quizás todos hemos sentido lo mismo. Probablemente nos hemos preguntado: ¿por qué Dios no detiene todo el mal ahora? Tal vez anhelamos la derrota y destrucción de nuestros enemigos. Quizás deseamos ver el mal vencido por la fuerza y la dominación. Pero Dios vence el mal mediante el arrepentimiento, la fe, el amor y el testimonio, y nos manda amar a nuestros enemigos.

Y aunque aún no vemos el fin de todo mal, Dios ya ha quebrado el poder del pecado y de la muerte. Incluso ahora, no se permitirá que el mal tenga consecuencias eternas. El mal será consumido por el fuego; todo lo que no sea nuestro verdadero ser, íntegro y sanado, será destruido.

Ningún mal tiene cabida en el reino. **El reino es como el Rey Jesús.** Y cada pizca de nuestro pecado, nuestros malos pensamientos y deseos quedaron colgados en la cruz con Jesús. Y murieron con Jesús. Jesús lo llevó todo a la cruz para liberarnos del mal, del pecado y de la muerte. Por su amor fiel, el juicio de Dios sobre el pecado, la maldad y la muerte recayó sobre Jesús. Nuestro Salvador murió voluntariamente nuestra muerte y fue sepultado. Pero resucitó. Ahora nuestra verdadera vida está escondida con Cristo en Dios.

Para participar del reino de Dios, debemos morir: al pecado, al egoísmo y a Satanás.

Y en Jesús, lo hemos hecho.

Gracias a Jesús y al don del Espíritu, podemos saborear la vida eterna incluso ahora —sanación, transformación y renovación— a medida que el Espíritu nos muestra cómo vivir en Cristo.

Y nuestra vida mortal también termina. Todos compartimos esto: morimos; dejamos de respirar. Pero gracias a Jesús, ya no hay que temer a la muerte. Al contrario, es cuando comienza nuestra vida eterna en la gloria.

Un día, Jesús regresará glorioso para renovar todas las cosas. En el nuevo cielo y la nueva tierra, el mal y el pecado no tendrán cabida. Jesús, el Rey, nos ha liberado, y gracias al amor fiel de Dios por la humanidad, seremos libres para siempre.

Incluso ahora, el Espíritu comparte con nosotros esta nueva vida, trayendo transformación, sanación y renovación.

El reino de Dios está obrando en este mundo. Y podemos ser parte de lo que Él está haciendo hoy para traer sanación, renovación y transformación. Podemos dar testimonio de su amor y gracia en nuestra vida cotidiana.

Aquí están las buenas noticias:

El reino de Dios no es un reino humano. No es un gobierno ni una ideología humana. El reino de Dios es su reinado en los corazones humanos por medio del Espíritu. Experimentaremos el reino en su plenitud cuando Jesús regrese en gloria y renueve todas las cosas.

Jesús es el Rey del reino. El reino se fundamenta en su muerte y resurrección. Nuestra plena participación en el reino de Dios requiere nuestra propia muerte y resurrección, que ya ocurrieron en Cristo. Él es el centro. Él es nuestra vida.

Jesús incluye a todos en el reino de Dios. Nadie queda excluido: Jesús nos incluye a todos. Al confiar en Cristo, experimentamos la alegría, la paz y la bendición de Dios. E incluso cuando somos débiles y frágiles y fallamos, experimentamos el fuego del amor purificador de Dios. De cualquier manera, Dios nos ha incluido en su obra en este mundo. Y nos ama. Estamos llamados a amar a cada persona del mismo modo en que Dios nos ama fielmente a cada uno de nosotros.

Dios actúa en este mundo hoy por medio del Espíritu Santo. Gracias a la guía del Espíritu, podemos participar de la obra de Jesús. El Espíritu nos capacita para obedecer fielmente y ser testigos del reino de Dios.

Jesús entró en la oscuridad de este mundo y en la muerte por nosotros para que pudiéramos tener vida nueva. De la misma manera, nosotros entramos en lugares oscuros y compartimos ese lugar con los necesitados que sufren.

Así pues, escuchen esta buena noticia: El reino de Dios ya está entre nosotros, no como una promesa lejana ni un poder pasajero, sino como una nueva vida que el Espíritu Santo nos comparte en Jesús. Incluso ahora, Cristo vive en nosotros, transformando nuestros corazones con esperanza, gozo y amor.

Y un día, este reino oculto se revelará en toda su gloria, cuando Jesús regrese para renovar todas las cosas. Hasta entonces, confiamos en su amor fiel, vivimos como ciudadanos de su reino y lo seguimos adondequiera que nos guíe, dando testimonio con palabras y obras. El reino está aquí. El reino está por venir. Y en Cristo, pertenecemos a él. La realidad del reino se revela, no por dominación ni por la fuerza, sino a través del poder de la generosidad, el perdón, el sacrificio, el amor, la alegría y la paz. Porque **el reino es como el Rey Jesús.**

Profundiza más:

Kingdom, Grace, Judgment: Paradox, Outrage, and Vindication in the Parables of Jesus. MI (William B. Eerdmans Publishing Company, 2002). Disponible en inglés.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. ¿Qué suposiciones —pasadas o presentes— solemos tener sobre el reino de Dios? ¿Cómo desafían o transforman las parábolas de Jesús esas expectativas?
2. Si el reino de Dios ya está presente pero aún no está completo, ¿cómo se nos invita a vivir hoy como personas del reino en nuestras relaciones, nuestro trabajo y nuestro testimonio?
3. La red recoge «peces de toda clase», y la clasificación viene después. ¿Cómo influye esta imagen en nuestra manera de pensar sobre la pertenencia, la gracia y el juicio de Dios?
4. Jesús describe el reino como algo pequeño y a menudo oculto, como una semilla o levadura. ¿Dónde ves la obra silenciosa e invisible de Dios en tu vida o comunidad en este momento?

